

Catecismo 1499 – 1501.

Art.5. LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS.

2007

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

ARTÍCULO 5: LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

Punto 1499

"Con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve. Incluso los anima a unirse libremente a la pasión y muerte de Cristo; y contribuir, así, al bien del Pueblo de Dios" (LG 11).

Dos son los sacramentos de la curación: la Penitencia y la Unción de enfermos, que hoy empezamos a explicar. En este punto se hace un pequeño resumen sobre cuál es la fe de la Iglesia sobre este sacramento. De entrada se hace una gran afirmación. Me llama la atención que en este punto se diga cómo con este sacramento y con esta oración especial que se llama Unción de enfermos, **la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Cristo sufriente y glorificado**. Y me llama la atención por dos cosas: **primero por cómo se enfatiza eso de que toda la Iglesia entera encomiende a los enfermos**, porque hay otros momentos en la Sagrada Escritura donde también se cuenta, por ejemplo en los Hechos de los Apóstoles, cómo, cuándo Pedro primer Papa de la Iglesia, estaba en prisión, ahí se dice que la Iglesia entera rogaba por Pedro; pues aquí, de manera similar, toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor, porque **es como tomar a los enfermos como si fuesen los privilegiados, el mayor tesoro que tiene la Iglesia en su seno**, la principal de sus intenciones; tomamos a los enfermos como nuestra bandera. Fue la principal ocupación y preocupación del Señor, en ellos expreso principalmente su cariño y misericordia; los enfermos fueron la ocasión privilegiada en la que Jesús reveló la Misericordia del Padre, en Su cercanía, en las curaciones que realizó. Durante los años de la vida pública de Jesús los enfermos fueron el escenario principal en el que El quiso revelar el corazón misericordioso de Dios Padre, el lugar más precioso para revelar el amor de Dios hacia el hombre. La Iglesia siguiendo las huellas de su Maestro, con un solo corazón, encomienda a Dios a sus enfermos. A parte que además, al hacer eso, no solo estamos rezando por los enfermos sino también por nosotros mismos, porque no hay cosa más cierta y segura de que la enfermedad es destino común de todos nosotros, al ser algo inherente a nuestra naturaleza humana.

Ese gran ejemplo de la Virgen María que yo siempre subrayo, que en estos tiempos de secularización está capitaneando y llevando adelante la obra de la nueva evangelización, y nos lo está demostrando en cómo obra ella en los santuarios marianos, y en cómo mueve los corazones. ¿Os dais cuenta de cómo la

presencia de los enfermos en los santuarios marianos adquiere un protagonismo muy especial? Ella quiere que, en esa nueva evangelización, los enfermos sean los protagonistas principales de ese encuentro con el Señor a través de ella en los santuarios marianos. Es el estilo de María aprendido de su Hijo Jesús y que ella ahora transmite a su Iglesia. Hay que subrayar que la pastoral de los enfermos tiene que ser como la niña de los ojos de nuestra pastoral parroquial entendiendo que en ello hay un gran tesoro. A veces podemos pensar que es una cuestión secundaria y no es así, tiene que estar privilegiada sabiendo que no hay otro gesto con el que hagamos más presente a Jesús.

Y la segunda parte de la afirmación es que la Iglesia encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado. Es cierto que la pasión de Cristo concluyó con la resurrección, pero es curioso que después cuando se apareció a sus apóstoles llevaba las huellas de Su Pasión (recordemos el episodio de Tomás). Jesús además de querer con ello mostrar un signo de que Él resucitado no era un fantasma sino Él mismo que había compartido con ellos su vida, pues eso remarcaba la veracidad de la resurrección, quiso también que esas huellas de la pasión que continúan en Su Cuerpo Glorioso que se aparece a los apóstoles subrayasen el hecho de que **aunque Cristo está en un estado glorificado en el cielo, de alguna forma Él sigue sufriendo en la tierra. Él no se desentiende de nosotros, no pasa a un estado de gloria que pueda suponer un dejar de sentir el drama del hombre. El hecho de que Cristo este glorioso en el cielo no le incapacita para compartir el drama del hombre.** Por eso podemos decir, como un famoso libro que se titula, “**Dios llora en la tierra**”. Esa expresión correctamente entendida se refiere a esto de que Cristo es sufriente y glorificado, y eso hasta el momento de la parusía final cuando concluya la representación de este mundo, y tras su venida gloriosa y el juicio final Dios lo sea todo en todos. Hasta entonces Jesús compagina esa condición gloriosa que tiene en el cielo, con ser Señor sufriente entre nosotros. Es un misterio entender cómo compagnar eso, pero las dos cosas son verdad. A la vez, **nosotros también experimentamos que esa condición sufriente y gloriosa se da a la vez y se puede compagnar cuando comprobamos que a la vez que sufrimos, experimentamos cómo también el Señor nos da adelantos de su Gloria en medio de nuestros sufrimientos.** Hay pequeños momentos de Tabor en medio de la pasión de esta vida. Igual que Jesús glorificado en el cielo sigue teniendo las huellas del Cristo sufriente, también nosotros aquí estando en este valle de lágrimas, porque ciertamente la vida tiene sus aspectos de dureza, en ese abrazar la cruz diariamente, también nosotros tenemos adelantos de gloria, y nuestra condición sufriente está compaginada también con esa condición gloriosa que está incoada con la vida de gracia, está adelantada en la vida de gracia. Nosotros somos como aquellos que llevaban al enfermo en la camilla y que no tenían por dónde meterlo porque estaba la casa llena, y subiéndole al techo quitaron las tejas para poder descolgar al paralítico delante de Jesús. Esos somos nosotros cuando con persistencia llevamos a nuestros hermanos enfermos ante Jesús y se los presentamos a tiempo y a destiempo.

Por último, este punto también dice que **la Iglesia anima a los enfermos a unirse libremente a la pasión y muerte de Cristo; y contribuir, así, al bien del Pueblo de Dios.** Se insiste en esto porque siendo verdad que el sufrimiento en esta vida está unido al sufrimiento de Cristo en la cruz, pero cuanto más sentido tiene la unión de ese dolor es en la medida que uno sea consciente de ello. Todos los sufrimientos de la tierra son sufrimientos de Cristo, pero no extraemos de ello toda su potencialidad espiritual, sino cuando somos conscientes de ello. No quiere decir que si uno no es consciente no sea también sufrimiento de Cristo. **Por ejemplo, habrá personas que sin tener esa fe vivan su enfermedad con un sentido de resignación humana, cuando digan “que se le va a hacer, voy a intentar llevar la enfermedad lo mejor posible para no dar más disgustos a mis hijos, o para que ellos no me vean desesperarme, o para crear el mejor clima en casa”.** Uno puede tener este tipo de razonamientos y motivaciones humanas que no están mal, y que son virtuosos. Y así digamos tiene esa postura que le ayuda a sobrellevar la enfermedad. De alguna manera los sufrimientos de esa persona, sin que ella lo

sepa, están unidos a la Pasión de Cristo. **Pero imaginemos que esa persona**, además de tener esas motivaciones humanas, **sea consciente de que su sufrimiento debe unirlo a la Pasión de Cristo y ofrecerlo junto a ella al Padre, con ese “Padre, en tus manos encomiendo Mi Espíritu” que Cristo pronunció desde el Calvario. Que esa persona caiga en cuenta que esa cama en la que se encuentra postrada es como un altar, y que las sábanas de esa cama, son como el mantel del altar, encima del cual está puesta esa hostia viva, que en este caso es su propio cuerpo enfermo, unido a la Hostia viva de Jesucristo para ser ofrecido POR CRISTO, CON EL Y EN EL. Imaginaos que se da cuenta de que el Señor ha puesto en este momento de su vida, en sus manos, la vocación de ser víctima junto con Cristo Víctima, y que está llamada a unir su sufrimiento y a que no se desperdicie, no solo por una resignación humana, por no tener más remedio que sobrellevarlo, sino que libre y voluntariamente lo une a la Pasión de Cristo, para colaborar con Cristo en la Redención, el bien del Pueblo de Dios. Pues está claro que la perspectiva de esa persona cambia.**

Por tanto, no es lo mismo ser o no consciente de que nuestros sufrimientos están unidos a la Pasión de Cristo. Ser consciente permite que, además de vivir y sobrellevar el sufrimiento con mayor intensidad en cuanto a la motivación, nos permita ser instrumento apostólico del Señor en esa vocación de ese momento enfermedad.

I. Fundamentos en la economía de la salvación

La enfermedad en la vida humana

Punto 1500

La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud. Toda enfermedad puede hacernos entrever la muerte.

Pocas cosas hay como la enfermedad que nos hacen caer en cuenta de nuestra condición, nos hace caer de ciertos pedestales de donde no subimos. Uno puede hacerse ciertos montajes en su imaginación, en sus aspiraciones, en la que parece que va a ser capaz de descubrir las Américas, de forma tal, que se entrega a ciertas empresas temporales y hace planificaciones de su vida totalmente al margen de la vocación concreta que Dios tenga para él. Y de repente viene una enfermedad, y cae del caballo, y pasa a preguntarse sobre esas planificaciones que había hecho en su vida, de a dónde le llevaban haciendo su plan. **De repente recibe una llamada sobre la finitud y los límites de la vida.** Sabemos en la teoría que la vida humana es limitada, que somos débiles por nuestra condición corporal, y, sin embargo, es contradictorio que hagamos un montaje de nuestra vida tal, ideando la forma de nuestra felicidad, como si la enfermedad nunca fuese nunca a llegar. En el fondo nos auto convencemos de una mentira. Por ejemplo, si nos atenemos a esa frase tan frecuente que se dice de que **“aquí lo importante es la salud”**, si aquí lo más importante que tenemos es la salud, y a la vez estamos seguros de que la enfermedad vendrá con toda seguridad, pues tenemos un gran problema, porque estamos dando rango de lo más importante a algo que casi seguro se nos va a ir antes o después. Si eso es lo importante, ojo que no digo que no sea importante, sino que si tomamos como el valor máximo algo que se nos va a arrebatar, estamos ante un drama seguro, porque uno está abocado a un choque frontal con la realidad, pues esta viene a romper en añicos los montajes que nos estábamos haciendo.

Tenemos que **desenmascarar el ídolo de la salud presentada como máximo valor de nuestra existencia. Eso presentado así es un falso Dios.** Si no lo desenmascaramos estaremos conduciéndonos a una continua contradicción y a un fracaso de nuestra existencia. **Tenemos que ver la enfermedad como un recordatorio de la condición limitada del hombre y una ayuda para que crezcamos en humildad.** La palabra humildad viene de la palabra *humus* que significa tierra. No podemos hacer el ridículo como esos faraones de Egipto que se hacían enterrar rodeados de todos sus tesoros, porque todo eso aquí se va a quedar. Creo que cuando llegue el momento de la enfermedad tenemos que hacer una proclamación de humildad: *“Señor, tu sabes que te quiero, y se los límites de mi condición”*, pero es verdad que no es lo mismo saberlo en teoría que en la práctica. Cuando el hombre se ve impotente ante la enfermedad se puede poner nervioso. Cuantas veces los enfermos, cuando han aceptado la enfermedad y pasan a una segunda etapa, empiezan a mostrar el deseo de que les gustaría, por lo menos, no dar trabajo a los demás, de que se pudieran valerse por sí mismos y no depender de otros. Pero es que ni siquiera eso está en nuestras manos el poder controlarlo. Eso también lo tenemos que dejar en manos del Señor. Como vemos, todo son lecciones de humildad y si, por lo que sea, nos tenemos que dejar cuidar, aceptémoslo también, como una llamada a la humildad, al reconocimiento de los propios límites y al caer en cuenta de que ante Dios somos como niños que necesitan dejarse cuidar. **Por tanto, primer aspecto concreto, la enfermedad como un recordatorio de los límites y finitud de la condición humana, y como una llamada a dejarse llevar en las manos de Dios, a dejar que el Señor lleve las riendas de nuestra vida.**

Aquello que le dijo el Señor a Pedro: *“cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas donde querías, pero cuando seas viejo otro te ceñirá y te llevara donde no quieras”*. Y luego añade el Apóstol San Juan *“esto lo dijo profetizando la muerte con la que le daría gloria a Dios”*. Apliquemos esta frase a nuestra vida concreta, porque cuando somos jóvenes solemos tender a configurar nuestros planes y cuando llegamos a la vejez es otro el que nos ciñe y nos lleva donde no queríamos. Y este es un acto de humildad muy grande, porque es en ese momento cuando uno se da cuenta de que no es uno mismo el que se dirige sino que es llevado y conducido. Y es un momento clave en la vida para darnos cuenta de que es Dios quien dirige los hilos de nuestra vida. Cuando uno era joven también era Dios el que dirigía los hilos de nuestra historia, pero uno tendía a pensar que era él mismo el que dirigía la nave pues nos veíamos muy seguros de nosotros mismos, y tendíamos a abrogarnos el protagonismo de la obra de nuestras manos, atribuyéndolo solamente a nuestro esfuerzo y planificación, lo que había sido un don de Dios. Y ahora en el momento de la enfermedad es una ocasión de gracia para darse cuenta de que la vida la dirige el Señor, es Él el que lleva las riendas de nuestra historia y que debemos ser dóciles a la hora de dejarnos llevar. También puede haber enfermos que en vez de ser dóciles y que la enfermedad les ayude a comprender que nuestra vida es un ponernos en manos de un Padre que conduce nuestra existencia, pues vivan mal esa enfermedad.

Punto 1501

La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a Él.

Llama la atención que ante el mismo misterio de la enfermedad humana haya quien reciba el escándalo de la cruz de una manera que les aleja de Dios, y otros, aferrándose fuertemente a ella, vean en ella un camino para descubrir la misericordia de Dios. ¿Cómo es posible que ante la misma situación pueda haber dos reacciones tan distintas?

Es verdad que cada uno somos de una manera de ser y tenemos un proceso único en ese encuentro con el Señor, pero dentro de **la psicología clínica** se dice que cuando una persona recibe una noticia de una enfermedad incurable puede haber dentro de ella un proceso, que no tiene que ser igual para todos, pero que sí que se ha descubierto que tiene algunas características compartidas.

Es frecuente que **la primera reacción** ante una noticia de una enfermedad grave sea como “**el de no haberla escuchado, negarlo**”, como si eso no le hubiese ocurrido a uno. Eso suele durar poco tiempo cuando los datos se imponen, de tal manera que de ese esconderse se pasa a una **segunda fase**, donde quizá lo más frecuente es el “**rebotarse**”, que se produzca una reacción de rebeldía con expresiones del tipo: “**y esto por qué me ha pasado a mí**”. Se da el salto del “**esto no me ha pasado a mí**” inicial, al “**esto por qué me pasa a mí**”, incluso proyectando esa crisis contra la confianza en Dios mismo. Después de esa rebeldía viene el momento de la **aceptación**, de caer en cuenta de que uno ha hecho sus planes olvidándose del dato, absolutamente cierto, de que esta vida era pasajera, de que la salud no puede ser idolatrada, y llega el momento de la aceptación. **Con esa aceptación puede tener lugar un enriquecerse con muchas cosas**. Son momentos en los que se valoran cosas que antes no apreciaban, metido como se estaba en la vorágine del trabajo. El universo de los valores e ideales se amplía mucho porque Dios permite ver cosas con una luz distinta a la que antes podía percibir.

Aquí **se ha pasado del rebelarse con “b”, al revelarse con “v”**, cuando se va superando ese rebote anterior, y uno se capacita para descubrir valores más auténticos y definitivos, porque se da cuenta de que no era correcto el haber puesto el corazón en cosas que se las lleva el viento. **La enfermedad es una pedagogía para la vida eterna**: ¿Cuál es tu tesoro? ¿En dónde pones la cumbre de tus alegrías? ¿Cuál es la meta?

No sé si os acordáis de aquel pasaje en Hechos de los Apóstoles 26, 14, cuando Pablo estaba persiguiendo a los cristianos y el Señor sale a su encuentro y le pregunta: “**¿por qué estás dando coces contra el aguijón? ¿Por qué me persigues?**” Este “**dar coces contra el aguijón**” es propio del que está en la enfermedad en ese estado de rebeldía, en donde uno no sabe a quién echarle la culpa, pues se está rabioso ya que todo se le ha puesto patas arriba. Es un momento de gracia. **Dios se sirve del mal, pues no olvidemos que la enfermedad se ha introducido en el mundo como influjo del mal, para hacer de ello una ocasión de gracia, y descubrir al hombre la vocación eterna al amor para la que ha sido creado**. Esto es especialmente lo que se subraya en este punto.

¡Qué importante es también **saber acompañar a las personas** en su momento de rebeldía! para que esa crisis primera desemboque en una aceptación en la que al enfermo se le revela y descubre una valoración distinta de la existencia. Pero claro nos falta esa vocación que tuvo Jesús de acompañar a los enfermos, y en ese acompañamiento abrirle el horizonte a la persona enferma, con gestos de cariño, paciencia y hermandad, de forma que seamos instrumentos de Dios en ese triple proceso del que hemos hablado que pasa por la **ignorancia-rebote-cuestionamiento-aceptación-y valoración de la vida de otra manera**. En ese proceso Dios nos quiere como instrumentos, no para que demos lecciones a los demás, sino para que tengamos la santa paciencia del acompañamiento, y en donde el que ejerza ese acompañamiento aprenda mucho de aquello a lo que también estará llamado.